Anales del Museo de América, 5 (1997): 53-72

EL INDIO EVANESCENTE. EL ESTUDIO DE LA AMERICA COLONIAL (1)

José Luis de Rojas
Universidad Complutense de Madrid

Gran parte del problema estriba en qué se quiere ver y para qué. Existen las especialidades y, a la sombra de ellas, prosperan los especialistas, hasta que se reproduce un cambio similar al que se dio en Inglaterra en la Edad Media: el cercado de los campos y, a ser posible, con vallas altas, para que el vecino no vea lo que se cuece en nuestra olla. Junto a ello medran los "lenguajes específicos", de manera que las barreras se acentúan más y los pobres ilusos que, como nosotros, están de acuerdo con las siguientes palabras del profesor Jiménez (1972: 163):

> Espacio, tiempo y problemática son variables tan amplias y complejas en la historia cultural del Nuevo Mundo que para su elaboración resultan absolutamente necesarias la división en partes y la especialización en métodos. Sin embargo, esta necesidad práctica no invalida el hecho científico de que el desarrollo cultural de América es un proceso continuo y de una misma naturaleza que debemos intentar reconstruir, analizar e interpretar como un todo.

lo tienen difícil.

El objetivo final es el que más sufre en el transcurso de las investigaciones. Profundicemos en lo ya dicho. Las ventajas de la especialización como mejora de las técnicas de análisis traen consigo los inconvenientes de la pérdida de contacto con el conjunto, expresada en muchas ocasiones en el desarrollo de lenguajes particulares que complican enormemente la comprensión entre especialidades. A eso debemos unir los distintos intereses de los especialistas en cada tiempo o región, que dificultan en gran manera la posibilidad de realizar estudios de gran profundidad temporal por no existir puntos de contacto entre lo que unos y otros estudian o no poder relacionar lo que unos y otros escriben. Carrasco (1987b: 27) ha puesto de manifiesto algunos de los problemas:

> El estudio de las culturas prehispánicas difiere mucho del de las culturas indígenas actuales, aunque ambos hayan sido cultivados por antropólogos. Por una parte, las características de las culturas mismas - el contraste entre las antiguas civilizaciones aborígenes y las pequeñas comunidades rurales de hoy - forman la base para esas diferencias. Pero a ellos se une la visión fragmentaria de las culturas antiguas determinada por lo limitado de la información que se encuentra en las fuentes escritas y, sobre todo, en el material arqueológico, en contraste con la posibilidad de estudiar todos los temas imaginables al tratar de las comunidades vivas como lo hace el etnógrafo de campo. A todo esto se añaden, además, las diferen-

1 Esta es una versión revisada del seminario que con el mismo título fue impartido en el Museo de América de Madrid, dentro del *II CURSO DE FUENTES*. Agradezco a Dª Ana Verde y a D. Juan José Batalla el haber podido expresar mis ideas verbalmente entonces y por escrito ahora.

> cias de orientación que han caracterizado a los estudios de uno u otro tipo: la prevalencia de las distintas escuelas de "antropología social" en los estudios del indio moderno contrasta con los estudios de arqueología y etnohistoria donde ha dominado el enfoque puramente descriptivo o "histórico", y los intereses teóricos más usados han sido los derivados de la tesis de Morgan y Bandelier acerca de la sociedad prehispánica o las interpretaciones ecológicas, ambos distintos a los intereses dominantes en la antropología social.

Modas y adaptaciones metodológicas a los problemas causan los contrastes. Carrasco está analizando el caso mexicano, pero sus reflexiones pueden proyectarse al resto de América. Describe Carrasco a continuación la situación creada por lo descrito en el párrafo citado (1987b: 27-28):

> De este modo los estudios de las distintas épocas en el desarrollo de las culturas indígenas de México han sido hechos por grupos de investigadores diferentes que han concentrado su atención en los materiales que sus fuentes hacen más fácilmente accesibles, recalcando las peculiaridades típicas de los distintos períodos y elaborando las diferencias de orientación o las modas que ha desarrollado cada disciplina. Exagerando podemos decir que los arqueólogos estudian cerámica, pirámides, inscripciones y calendarios, con alguna especulación acerca de los sistemas agrícolas practicados y el tipo de organización política que pudiera hacer sido determinado por ellos. Para el etnohistoriador hay abundante material sobre fiestas religiosas, sacrificios humanos, leyendas migratorias y dinastías y se ha especulado sobre ciertos problemas planteados por la interpretación de Morgan y Bandelier, por ejemplo la existencia de propiedad privada o si el *calpulli* era un clan. En los estudios del indio colonial encontramos otros temas dominantes como el tributo, los servicios personales, las congregaciones, la cristianización y la demografía. En los estudios de etnografía moderna el tratamiento suele ser más completo pero también se han favorecido ciertos temas como mercados, compadrazgo, mayordomías o relaciones interétnicas y se ha especulado acerca de la naturaleza "folk" o campesina de las comunidades indígenas.
>
> En la medida en que los intereses especiales estudiados en cada etapa histórica responden a las características de ese período encontramos una buena definición de las transformaciones que han sufrido las culturas indígenas a través de la historia; pero en la medida en que los distintos especialistas han favorecido lo que les era más fácil estudiar o más de moda en su especialidad, encontramos contrastes creados por los mismos investigadores que dificultan los estudios comparativos de distintos períodos históricos.

La cita es larga, pero describe muy bien la situación. En cierto modo, se trata de una denuncia, pero también es una advertencia: no hay más cera que la que arde, y no todas las metodologías ofrecen la misma variedad ni la misma calidad. El problema fundamental es que hay una conexión inexorable entre períodos y metodologías en la Historia de América. Jiménez (1972: 167) lo ha dejado claro:

> Precisamente quiero subrayar aquí la contribución del método etnohistórico a esa tarea común de reconstruir e interpretar el

> proceso total del desarrollo cultural de América. Así como la arqueología es el método fundamental para el largo período prehispánico y la etnología, entendida en sentido estricto y más tradicional, es la fuente básica para el conocimiento de las actuales culturas indígenas de América, la etnohistoria es el método más importante para los siglos que van desde el contacto con las culturas europeas hasta el presente. En algunas áreas es posible penetrar con este método los momentos más tardíos del período prehispánico, aunque opino que el verdadero método etnohistórico requiere mucho más que la simple existencia de unos cuantos textos indígenas de difícil cuando no dudosa interpretación.

Algunas novedades han venido a precisar el modelo propuesto por Jiménez. La etnología, por ejemplo, escapa cada vez más de ese "sentido estricto y tradicional", abriendo nuevos campos y proponiendo otros problemas. La lingüística está haciendo aportes considerables a campos antes casi intocables, como la discusión de la lengua que se hablaba en Teotihuacan, por ejemplo, pero mucho más en el desciframiento y lectura de las inscripciones mayas. Una nueva disciplina ha aparecido ahí, con un amplio campo de trabajo muy especializado que debe conducir a poner a disposición de los investigadores una considerable cantidad de textos a los que habrá que someter después a la crítica habitual, una vez pasado el deslumbramiento inicial. Y esas lecturas no tendrán trascendencia solamente para el mundo maya, sino también para Mesoamérica en conjunto, abordando temas tan complejos como la cronología.

Un problema es el siglo XIX. Parece que muchos investigadores interpretan que la etnohistoria es el método de estudio de la época colonial, y dejan el primer siglo de independencia de la mayoría de los países americanos al margen, saltando al siglo XX.

La clave está en precisar el por qué del uso de diferentes metodologías. Carrasco nos da una opinión, que en realidad no contradice la de otros autores, pero que la experiencia nos ha demostrado que es difícil de asumir por los estudiantes. Veamos la cita:

> Esto quiere decir que no vemos a la etnohistoria como una disciplina aparte con una base teórica independiente sino como una técnica de obtener datos; o sea, es un estudio que se realiza a base de documentación histórica por el mero hecho de que tratamos con sociedades del pasado que no se pueden observar directamente. Se hace etnohistoria porque la naturaleza de las fuentes de información (documentos escritos) así lo exige, en contraste con el trabajo de campo que se hace en sociedades vivas o a la arqueología que estudia los restos materiales de sociedades extinguidas. Pero los datos de la etnohistoria se estudian a la luz de los planteamientos generales de las ciencias sociales y con vistas a resolver cuestiones suscitadas por esos mismos enfoques teóricos generales (Carrasco 1987a:23).

Aunque se refiere a la etnohistoria, junto a ella define los criterios selectivos de las otras materias, métodos o disciplinas: la naturaleza de las fuentes de información y su aporte a la "tarea común", aporte que no es exclusivo de la etnohistoria, sino de todas las divisiones. Carrasco, pues, las

pone en pie de igualdad y elude conflictos llamando al nivel superior, el explicativo, el común, "ciencia social" (la singularización es nuestra). Una ventaja de esta descripción es que no es excluyente. Cuando disponemos de más de un tipo de documentos, debemos aplicar más de una metodología. Y ahí vemos como en muchas ocasiones, la excesiva especialización y una especie de "chauvinismo metodológico" causan un desastre considerable, como todavía ocurre con la cultura azteca, en la que tenemos arqueología y fuentes escritas, pero los investigadores no nos ofrecen explicaciones coherentes, como han señalado diversos autores (Nicholson 1955, 1979; Lameiras 1986; Smith 1987; Rojas 1994a). Armillas (1987: 58) se quejaba de que era una vergüenza que en cuanto aparecían textos ya no se hacía arqueología. Y hay razones que lo explican y su exposición forma parte de la explicación de los modelos de análisis.

Los métodos fundamentales deben ser explicados lo más desapasionadamente posible, tratando de mostrar su utilidad, sus ventajas y sus limitaciones. En ocasiones nos encontraremos con que sólo es posible utilizar un método, como ocurre en la mayor parte del período prehispánico, pero en otras hay ocasión de aplicar más de uno y entonces hay que sopesar lo que cada uno de ellos nos puede aportar y el esfuerzo que ello conlleva. Nosotros creemos que tanto la arqueología, como la etnología y la etnohistoria tienen mucho en común en lo que se refiere a la recogida de datos. Como hemos visto en la cita de Carrasco, las tres compartirían el nivel interpretativo, en el que se formulan las hipótesis y se responden las preguntas. Y en las tres hay corrientes que defienden la importancia del proyecto previo, de la formulación de preguntas antes de realizar el trabajo de campo, que en el caso de la etnohistoria se realiza en los archivos. Las tres disciplinas tienen una parte de recopilación bibliográfica que no es realmente ni etnología, ni etnohistoria, ni arqueología. En todo caso, los autores respectivos habrán practicado esas disciplinas, pero no lo hace el lector, aunque cada uno busque cosas distintas en su lectura. Veamos ahora unas reflexiones sobre lo que cada método ofrece.

ARQUEOLOGIA

El material arqueológico procede de excavaciones realizadas bajo ciertas premisas. Es cierto que las condiciones requeridas han evolucionado con el paso del tiempo, y que no deja de ser arqueología la realizada en el siglo XIX o a comienzos del siglo XX, cuando se tenían otras ideas y había otras posibilidades. La protección de los hallazgos del contacto ambiental no fue relevante hasta la existencia de pruebas como el Carbono-14, por ejemplo. Hay que inculcar en el estudiante, como futuro profesional, esta noción de evolución de la disciplina, para que pueda estar en condiciones de valorar los trabajos del pasado en su contexto científico.

El requerimiento de condiciones específicas de excavación, y de la información sobre ellas, deja fuera de este epígrafe a los *huaqueros* y a los hallazgos fortuitos. Eso no quiere decir, de ninguna manera, que no debamos conocer y manejar lo que ellos nos proporcionan, pero los problemas de interpretación y, por lo tanto, de utilización de la información son diferentes y en gran medida entran dentro de otro campo que no ha sido señalado por los autores que hemos citado: el análisis iconográfico o la Historia del Arte. Todo un mundo, importantísimo en nuestra materia para el período

prehispánico, pues los Museos están llenos de piezas de procedencia no controlada, clasificados y fechados por analogía iconográfica. En gran número de casos, las excavaciones científicas han proporcionado el marco para realizar las adscripciones, pero en otras, también han proporcionado agudos problemas. Las semejanzas interoceánicas, por ejemplo; los parecidos entre piezas ecuatorianas y mesoamericanas y, más recientemente, la excavación del Templo Mayor de México-Tenochtitlan, nos hacen estar sobre aviso sobre pasadas adscripciones. Esta última es enormemente rica. En el Templo Mayor, en condiciones de absoluto control, ha aparecido arquitectura tolteca, máscaras de Mezcala, piezas de Teotihuacan y piezas olmecas, entre otras. Cada uno de estos rasgos, tratado aisladamente, habría sido adjudicado a la época correspondiente a su estilo artístico. Pero son de época mexica y cumplían una función allí. En gran número de casos - salvo la arquitectura - no sabemos con certeza si se trata de piezas "originales" o son de época mexica. Para Mesoamérica el problema es nuevo, pero en el Viejo Mundo tenemos muchos "renacimientos" y copias de piezas antiguas, que nos han permitido, por ejemplo, conocer gran parte de la escultura griega, que de otro modo se hubiera perdido. La realidad es que no sabemos qué papel jugaban estas piezas en la cultura mexica, pero podemos preguntarnos si no hemos calificado como toltecas y utilizado para reconstruir su imperio edificios mucho más tardíos. Y lo cierto es que tenemos un grave problema con el presunto "horizonte arqueológico mexica". Y hablamos de épocas tan cercanas en el tiempo que la única manera de datar los hallazgos con certeza es si presentan fechas asociadas. En el caso maya, si existe Cuenta Larga, no hay problema, pero en el caso del centro de México, con fechas de Cuenta Corta que se repiten cada 52 años, el juego es posible y la precisión casi imposible. Pero los museos están llenos de piezas y sería de tontos desdeñar la información que brindan. Lo que hay que hacer es refinar los métodos de análisis, distintos para cada época.

Otro problema de "procedencia" de la información arqueológica es el tipo de excavación realizada. Nos podemos encontrar con el descubrimiento de un yacimiento, su excavación, descripción y origen de una cultura; y podemos tener excavaciones múltiples que traten de estudiar problemas concretos como patrones de asentamiento, orientaciones astronómicas, etc. Cada cual es libre de realizar el proyecto que desee. El problema se manifiesta a la hora de utilizar los datos para comparar sitios o para construir o reformar interpretaciones. Todavía tenemos hallazgos de culturas nuevas, si bien esporádicamente, pero nos preocupa el papel rector - casi dictador - de excavaciones antiguas. No olvidemos que el trabajo arqueológico es único: no se puede volver sobre lo ya realizado. La única prueba que queda es el informe detallado que rinde el arqueólogo. Es tan importante este informe que casi ha eclipsado el resto del trabajo arqueológico. Predomina la descripción en la bibliografía y escasea el análisis y la reconstrucción. En nuestra experiencia arqueológica hemos encontrado dos extremos perniciosos de un mismo problema: el respeto a lo hecho anteriormente. En uno de los extremos se encuentra el excesivo respeto, el no querer contradecir, que lleva a concluir lo mismo que han dicho los maestros. A veces ocurre que la imposición es física, como ocurrió con los juegos de pelota del clásico maya y la discrepancia entre el maestro (Morley) y el discípulo (Thompson):

> En el curso de nuestras exploraciones tropezamos con pequeños fragmentos de dos anillos de piedra, como los del Juego

> de Pelota de Chichén. Se hallaban en los escombros existentes entre dos montículos paralelos de laderas en declive. Concedimos poca atención a esas piedras de forma rara, porque en aquel tiempo no se sabía que los mayas también tenían patios para jugar a la pelota con lados en declive, y además se creía que dicho juego fue introducido por los mexicanos en una fecha muy posterior a la de la ocupación de Cobá. No fue sino hasta tres años más tarde que el Juego de Pelota de Cobá fue reconocido como tal: una buena lección de cómo las ideas preconcebidas pueden hacer que uno cierre los ojos a hechos claros y manifiestos. (Thompson 1980: 61).

El otro extremo es la descripción en los informes de la cerámica maya. Tras la Conferencia de Guatemala (Willey, Culbert y Adams 1967) se aceptó utilizar el método Tipo-Variedad, como herramienta de análisis mejor que el método descriptivo. La solución, en principio, era buena, pero rápidamente el número de tipos y variedades creció de manera exponencial, pues en cada yacimiento excavado se daban nuevos nombres a toda la cerámica aparecida. Eso dificultó enormemente la comparación entre complejos cerámicos de distintos yacimientos, pues el rastreo de las características de cada tipo para hallar las similitudes es sumamente dificultoso.

Precisamente, esas similitudes entre yacimientos son las que permiten la definición de las culturas arqueológicas y la creación de horizontes y áreas, por lo que la transparencia sería muy de desear. Una de las cosas que todos debemos aprender es la firmeza de la base documental. Cuando uno mira una tabla cronológica de un área determinada, con las secuencias arqueológicas, parece que todo tiene el mismo peso y no es así. Hay culturas definidas por un solo yacimiento y culturas que tienen literalmente miles de ellos, como la maya. No podemos dar el mismo valor a lo que sabemos de unas y otras. Una nueva ciudad maya no debe traer excesivas modificaciones, pero un "segundo" Chavín sería, con toda probabilidad un desafío científico de gran escala.

Esto tiene que ver con los elementos que permiten definir una cultura y las proyecciones que luego realizamos. La secuencia cultural americana ofrece un perfecto ejemplo de esto. La arqueología define en función de restos materiales, analizados y clasificados, pero no en función de personas. Lo malo es que muchas veces se han tomado nombres de grupos étnicos para denominar a las culturas arqueológicas y eso crea algunas confusiones. Por ejemplo, en el valle de Oaxaca tenemos una cultura zapoteca sucedida por una cultura mixteca. Parecería que al principio solamente hubiera zapotecos y desaparecieran para dar paso a los mixtecos, o al menos, lo hicieran sus dirigentes. Pero sabemos que la lengua mixteca es muy antigua en el área y conocemos también, por testimonios escritos posteriores, que los zapotecos siguieron viviendo en la misma región y conservando unidades políticas (de hecho, hoy día sigue habiendo mixtecos y zapotecos). Es más, había costumbre de realizar matrimonios interétnicos entre las clases dirigentes. La arqueología tiene dificultades para explicar con los restos materiales este tipo de co-sas y tiene que recurrir a otros métodos. Ese es, precisamente, el trabajo que queda más veces por hacer, deteniéndose en la mera descripción.

Otro problema de interpretación, con una gran carga ideológica a nuestro modo de ver, es la definición de culturas distintas y sucesivas en

algunos lugares y el mantenimiento de secuencias arqueológicas profundísimas en otras. En Mesoamérica esto es habitual. Ya hemos visto como en el valle de Oaxaca se define un cambio, justificado en parte por las enormes diferencias estilísticas entre Monte Albán y Mitla, y lo mismo ocurre con el valle de México, donde contamos con una cultura Arcaica, después una Teotihuacana, para pasar tras la cultura tolteca a los aztecas. Cuicuilco y Teotihuacan se parecen poco, pero para explicar el funcionamiento de esta última se ha recurrido normalmente a lo que sabemos de Tenochtitlan, y ya hemos visto como en ésta había edificios toltecas. Parece haber una secuencia, negada en las tablas arqueológicas. En cambio, en Yucatán y el Petén todo es maya. Desde el origen hasta hoy. Y si diferencias había entre Mitla y Monte Albán, lo mismo podemos decir entre Palenque y Uxmal, Chichén Itzá y Tikal, Copán y Dzibilchaltún. Hay mucho de inercia científica y de costumbres de los arqueólogos en esas denominaciones, y hay que ser consciente de ello.

Para terminar con la arqueología, unos comentarios sobre la presentación de la información. Hemos señalado ya que los mayores esfuerzos se dedican a presentar los resultados de las excavaciones, con gran alarde de ilustraciones: mapas, planos, dibujos, alzados, fotografías en color y blanco y negro, y referencias continuas a operaciones, pozos, estratos, etc. Todo contado y medido. En cambio, echamos en falta generalmente, la exposición de los criterios que llevaron a realizar precisamente esa operación y no otra. Es decir, nos cuentan lo aparecido, pero no los caminos que llevaron a ello. Y en arqueología, eso es importante, pues podríamos haber seguido -por citar el mismo ejemplo- ignorando la existencia de campos de juego de pelota en talud en el período clásico maya con toda tranquilidad. Otro problema es la no precisión de las circunstancias en que se hicieron las cosas, la cualificación y pericia de los ayudantes, las relaciones entre las distintas partes del proyecto, el nivel que ocupaba el autor en el organigrama, la participación de elementos externos en la determinación del lugar a excavar, etc. En definitiva, la expresión de qué estaban buscando, que encontraron y, de esto, qué valoraron en función de aquello. O lo que es lo mismo, la participación del arqueólogo en la "construcción" de los datos.

Se trata, en síntesis, de comprender cómo se produce el conocimiento arqueológico y cual ha sido la evolución de ese proceder. Teniendo en cuenta que lo ya excavado no tiene vuelta de hoja casi nunca, mejor es saber con qué contamos y qué podemos hacer con ello. Y no pedir peras al olmo.

Es decir, hacer crítica de fuentes en arqueología.

ETNOHISTORIA

Otro tipo completamente distinto de materiales ofrece posibilidades diferentes. Muchas son las definiciones de etnohistoria, adecuadas en general a los intereses de cada definidor o al tipo de trabajo que hace. Podríamos decir que fundamentalmente se trata de historia de los indígenas, hecha, como señalaba Carrasco, con fuentes escritas, lo que nos lleva a recurrir a disciplinas que tienen una larga tradición en el tratamiento de los textos, como la historia y la filología. La carga conceptual antropológica es

de gran importancia, pero no exclusiva. Por otras vías se ha llegado a destinos similares (ver Krech 1991 para una discusión interesante).

Tenemos dos períodos a los que generalmente se aplica este método. En primer lugar está el período del contacto, las primeras noticias sobre los pueblos americanos que nos han llegado. Este momento no tiene una fecha precisa, pues es diferente para cada región. En 1492 se inició un proceso que duró siglos, por lo que el conocimiento de los europeos tiene momentos diferentes. Y eso no es solamente un problema temporal: la condición de los que entran en contacto también es diferente, sus medios distintos y el mundo intelectual que genera los documentos que nosotros estudiamos, dispares.

Las unidades de análisis van a cambiar. Nuestros informantes dan nombre a los pueblos con los que entran en contacto, obedeciendo a distintos criterios, que prácticamente nunca coinciden con los empleados por el arqueólogo. Ahí tenemos un problema espinoso para la realización de las comparaciones, pues éstas no se pueden llevar a cabo entre unidades de distintas categorías. Los europeos que entraron en contacto con los pueblos americanos les dieron nombres geográficos, los nombres que los indios se daban a sí mismos, o lo que ellos creyeron entender, asimilaron lenguas a culturas o hicieron otro tanto con unidades políticas. A veces, el tiempo puso de moda un nombre e hizo olvidar otros, como ocurrió con la voz *azteca*, que se puso de moda en el siglo XVIII, opacando la auténtica denominación de esa unidad, *culhúa* o *culhúa-mexica*, como le dijeron en su momento a Hernán Cortés.

Las unidades políticas presentan problemas particulares. Una de ellas puede abarcar diferentes culturas, sometidas por una u otra razón y una cultura puede tener distintas unidades políticas, poco deseosas de ser identificadas unas con otras. Este asunto de las identificaciones, de carácter manifiestamente *emic*, va a ofrecer mucho juego en la interpretación de ese mundo del contacto, sobre todo en las regiones de alta cultura, y por lo tanto, también en el conocimiento de lo que vino después: la Colonia.

La división entre prehispánico y contacto es significativa no solamente por la aparición de los testimonios escritos en caracteres latinos, que de por sí es una auténtica revolución, sino por la irrupción de un término que genera enormes confusiones, a veces gramaticales: los INDIOS. Esa es una categoría europea, acuñada - y además con error en la elección del vocablo - para explicar lo que para ellos era novedad y para manifestar su "otredad", para diferenciarse de la "masa" a dominar. Pero la realidad es que los pueblos americanos llevaban siglos interactuando, denominándose los unos a los otros, enfrentándose, colaborando, mezclándose y cuantas actividades humanas quisiéramos enumerar más. Tenían historia (incluso escrita, en algunas regiones) y esa historia pesó a la llegada de los europeos y a la hora de la reorganización del mundo que sufrieron. Lo que no se les ocurrió nunca es que fueran unos iguales a otros y debieran unirse para echar a los recién llegados. No hablemos de identificaciones entre indígenas procedentes de regiones alejadas, pues yo tengo serias dudas sobre como vieron los quichés a los tlaxcaltecas que llegaron con Alvarado y más aún, los incas a los mismos tlaxcaltecas, que efectivamente llegaron con los españoles (de nuevo con Pedro de Alvarado). Pero en lugares más reducidos, tampoco se produjeron las identificaciones. En el Imperio Inca había divisiones incluso en el seno de la misma etnia dominante, y lo mismo ocurría en el Imperio Azteca. El reconocimiento de esa situación permite comprender mejor los

primeros momentos del contacto y la organización posterior. Entre los errores gramaticales, pondré un único ejemplo: el libro de Nathan Wachtel **Los vencidos. Los indios del Perú frente a la Conquista Española** (1976). Tal como está redactado el título implica que todos los indios fueron vencidos, pero la lectura del texto descubre personajes como el cañari Francisco Chilche o el Inca Cristóbal Paullu, por no citar grupos chancas o cañaris que estuvieron en el bando español. Es decir, que hubo indios no vencidos. El error es de Wachtel, y no del traductor, pues el título en francés ofrece las mismas características: **La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou dévant la Conquête Espagnole.** Con quitar el artículo determinado de la segunda parte del título se elimina la mediatización que presenta.

La elección de las unidades de análisis en este período es de gran importancia. Los resultados no son los mismos si estudiamos unos indios determinados (etnias, culturas o grupos sociales), elegimos una región o una localidad. Un problema que presentan gran número de obras de etnohistoria es el tratamiento dado a la presencia española. Suele aparecer como imposición, legislando u oprimiendo; por igual en zonas con gran presencia española o con presencia testimonial. Hemos echado de menos muchas veces a las personas. Un ejemplo servirá de adecuada ilustración: en el libro de Hildeberto Martínez (1984a) sobre la ciudad de Tepeaca, en el Estado de Puebla, en México, se analizan los cambios en la estructura política y económica indígena sin mencionar a los españoles más que en las formas expuestas más arriba. En los documentos que él mismo publicó (Martínez 1984b) aparecen, sin embargo, indígenas casadas con españoles que vivían en la misma ciudad. Por otras fuentes, sabemos que vivían unos 100 vecinos españoles en la localidad, incluido un alcalde mayor, pero parecen no afectar, salvo en momentos concretos, a la vida de la comunidad. Desde otro punto de vista, las familias tienen indiscutibles vínculos, aunque el padre sea español, la madre india y por tanto, los hijos mestizos. Según una práctica muy habitual, cada miembro de la familia deberá ser estudiado por un investigador diferente. Tenemos ahí un problema de fronteras entre disciplinas y, como de costumbre, en las zonas limítrofes no es fácil precisar dónde acaba un campo y comienza otro. Y como el factor tiempo va incrementando su peso, y los mestizos en América crecieron, los estudiosos del indio "puro" los fueron alejando de sus investigaciones, mediatizando el significado que su existencia tuvo y dificultando enormemente el conocimiento de lo que ocurría, pues todos vivían mezclados, con comunidades multiétnicas, polilingüísticas y pluriculturales. De hecho, ése es un problema interesantísimo, que merece mucho más estudio. Nada menos que está detrás la evolución del significado de la palabra "indio", cuyos cambios afectan de manera profunda a nuestras unidades de análisis.

Y el problema se agudiza cuando llegan las independencias y tratan de romper con el pasado, supuestamente igualando a toda la población. No sabemos demasiado con certeza de ese período, pues es el más huérfano de estudio. La costumbre hace que los etnohistoriadores normalmente se dediquen al período colonial y los etnólogos al momento actual, quedando el siglo XIX enormemente desfavorecido, como bien señalara Gibson (1961: 284).

Nos encontramos, pues, con una situación similar a la de la arqueología. Los investigadores suelen emplear más tiempo en la presentación de sus hallazgos que en la descripción de sus hipótesis, privándonos en muchos

casos de contextos adecuados para la interpretación. Tenemos muchas lagunas, algunas probablemente irrellenables. Pero están ahí y la reflexión es la que nos debe permitir suplir lo que los documentos no dicen, o lo que los documentos normalmente empleados no dicen. Muy interesante ha sido el aporte de Lockhart (1992) mostrando las posibilidades de los documentos locales en lenguas indígenas y criticando, tras valorar su trabajo, la obra de Gibson (1964) que ha constituido el marco de referencia obligado para los estudios posteriores: Gibson trabajó con documentos españoles y no pudo ver lo que los españoles no vieron (ver Rojas 1994b). Para el Perú, hay una tendencia muy fuerte a "omitir" la presencia de Vilcabamba y lo que su existencia supuso en los estudios sobre el siglo XVI. Creemos que estudiar a fondo su papel en la formación del mundo colonial es muy importante. Un ejemplo es la casi coincidencia de fechas entre la muerte de Tupac Amaru y el fin del *Taqui Onkoy*. Otro ejemplo, general en este caso, es la habitual mención de la destrucción de las religiones indígenas y las fechas de las principales persecuciones de idolatrías, por no hablar de los estudios etnológicos actuales.

En la etnohistoria predominan los temas y los estudios regionales y eso dificulta la correlación con los estudios prehispánicos, cuando el conocimiento de una y otra parte es fundamental para valorar el proceso de cambio. La superación de la barrera cronológica impuesta por la conquista, que ha llevado a algunos autores a realizar estudios de gran profundidad temporal, ha supuesto un avance considerable y nos lleva a otro punto que tiene mucho que ver con el estudio del período del contacto: nuestras fuentes.

Pocos son los relatos realmente de primera mano y escasísimos los realizados sobre la marcha. Una de las ventajas de las Cartas de Hernán Cortés es haber sido escritas antes de conocer el final de su aventura. En eso, Bernal Díaz no se le puede igualar, aunque ofrezca a cambio otra información más rica y contrastada. De todos modos, Cortés no estaba en todas partes, ni entendía todo lo que veía, así que tampoco hay que creerlo al pie de la letra. Y gran parte de lo que "sabemos" de los Incas o los Aztecas, fue escrito mucho después por gente que recopiló materiales de muchas procedencias y que tenían sus objetivos, tanto los religiosos, como los seglares. Spalding (1974) nos ha relatado en el capítulo **¿Quiénes son los indios?** cómo en el siglo XVIII la nobleza indígena peruano fomentó una imagen del pasado:

> La historia de la sociedad india precolombina que fue construida durante el siglo XVIII se acomodó a las necesidades de la élite nativa. Los miembros de la sociedad india fueron considerados como inferiores en virtud de ser indios; las diferencias locales de vestimentas, dialectos, o aun del mismo lenguaje, se subordinaron a la dicotomía dominante entre español e indio. La élite india necesitaba una historia que enfatizara su identidad común y que hiciera de ella una fuente de orgullo, no sólo para los descendientes de los gobernantes incaicos sino para todos los miembros de la sociedad india. La imagen de un Imperio Incaico totalmente unificado, todopoderoso y benevolente, imagen que en el siglo XVI sólo aparece en aquellos /187/ relatos extraídos de las tradiciones oficiales de los Incas, fue generalizada durante el siglo XVIII. La importancia de las tradiciones locales, las frecuentes revueltas de la gente conquistada por los Incas durante el siglo y medio de su gobierno, la continua enemistad de

grupos como los de Jauja, que se aliaron a los españoles en un esfuerzo por deshacerse de sus gobernantes del Cuzco, no constituyeron parte de la visión dieciochesca del Imperio Incaico.

La figura del Inca tal como fue presentada por Garcilaso Inca de la Vega encajó perfectamente con las necesidades de la élite india del siglo XVIII. Les dio una visión de una sociedad inca unificada, pacífica y próspera antes de la llegada de los españoles. Suministró una tradición histórica común a aquellos que ya compartían la discriminación aplicada en su contra como grupo definido por la ley española. Además, la sociedad descrita por Garcilaso Inca no entró en conflicto con la jerarquía estratificada de riqueza y posición social que existía en la sociedad india del siglo XVIII. Sospecho que la popularidad de la historia del Imperio Incaico de Garcilaso Inca tuvo mucho que ver con el grado en que encajó con las necesidades de la élite india del siglo XVIII. Ella necesitaba una historia que proporcionase una base para la emergencia de una identidad común de indio, sin perturbar la jerarquía de autoridad y rango existente en la sociedad india, de la cual esta élite se beneficiaba. (Spalding 1974: 186-187)

A lo mejor hoy está pasando algo parecido.

La tercera parte, la constituye la proyección de las informaciones que la propia Colonia nos brinda. Una analogía que tiene un gran grado de dependencia con las decisiones que hayamos tomado respecto al grado de cambio. Si fue grande, la equiparación debe ser escasa, o viceversa. La polémica está abierta, pero este problema liga el mundo prehispánico y el actual con el Colonial.

En esta proyección reside una de las principales razones para establecer dos períodos en los que la etnohistoria tiene la mayor responsabilidad para reconstruir la vida de las culturas indígenas. En la del contacto se trabaja con muchas crónicas, códices donde los hay, y pocos documentos de archivo. En el período colonial, en un grado creciente no sólo por el aumento y extensión de la burocracia, sino también por el grado de conservación del material, los documentos priman y el "trabajo de campo" en los archivos se vuelve obligatorio. Es importante que el investigador comprenda esto y asimile además que el tipo de problema que deseemos investigar, su alcance temporal y espacial va a determinar el número y grado de archivos que deberemos visitar, recorriendo en forma descendente o ascendente los vericuetos de la administración colonial. Debería resultar obvio comentar que muchos asuntos locales no traspusieron nunca las fronteras del pueblo o la región, si es que salieron de la familia. Y la dependencia del etnohistoriador de permisos, equipo, técnicos o subvenciones es de naturaleza completamente distinta a la del arqueólogo, aunque no por ello debamos dejar de informarnos del tipo de trabajo que llega a nuestras manos: tesis de licenciatura, de doctorado, ponencia en congreso, conferencia, etc.

ETNOLOGIA

Con un fondo y unos objetivos comunes, la Etnología presenta algunas características que la diferencian claramente de las otras dos disciplinas analizadas. La primera es cómo le afecta el factor tiempo y la segunda la influencia del secreto profesional en la presentación de los resultados.

La influencia del factor tiempo es más fácil de explicar con ejemplos que de manera teórica: cuando Malinowski estudió a los Trobriandeses y otros grupos de los mares del Sur, indudablemente estaba haciendo etnología - y de una manera que resultó decisiva para el desarrollo de la disciplina-, pero cuando nosotros estudiamos las mismas culturas ¿hacemos etnología o estamos "estudiando un pueblo ágrafo a través del testimonio legado por un observador ajeno a esa cultura"? Hemos entrecomillado la frase porque es una de las definiciones que están en el origen de la Etnohistoria, y no creo que afecte de manera importante el que el observador sea un profesional. De hecho, los etnólogos admiten como uno de los precursores a Fray Bernardino de Sahagún, quien obró con método casi científico (salvando las distancias) para la elaboración de su obra. Hay una manera de salvar esta distancia entre la Etnología y las otras disciplinas y es la que se encuentra en el fondo de la definición de Carrasco ya citada: al leer a etnólogos del pasado no hacemos etnología ni etnohistoria, hacemos ciencia social. Y lo que fue etnología, continúa siéndolo, como ocurre con lo que fue etnohistoria o lo que fue arqueología. No se convierten en otra cosa. Parecen cambiar, porque nosotros cambiamos.

Este factor tiempo tiene otra vertiente, que vincula en este caso Etnología y Arqueología. Así como el arqueólogo al trabajar destruye la evidencia y por eso se le exige el mayor rigor en la descripción de sus hallazgos, el momento en que se realiza un trabajo de campo etnográfico es único e irrepetible. Un trabajo similar en otro tiempo puede arrojar resultados diferentes, pues las sociedades están continuamente cambiando. Es cierto que hay estructuras más permanentes y que podíamos hablar de "larga" y "corta duración" en los estudios etnológicos pero la relación entre el investigador y el objeto de estudio es tan estrecha y personal, que podríamos decir que "imprime carácter". Uno de los puntos en que esto se manifiesta es en la relación entre el etnólogo y los informantes. La elección de ayudante es de capital importancia y hay muchos factores que la pueden mediatizar, comenzando por el sexo del investigador y las costumbres locales de relación entre hombres y mujeres. Esto ha tratado de ser paliado actuando en pareja, pero ello no está exento de inconvenientes.

Precisamente el segundo punto mencionado tiene que ver con los informantes. La costumbre en las ciencias sociales es apoyar nuestras aseveraciones con documentación. El arqueólogo refiere sus comentarios a sus trabajos de campo, aportando dibujos, fotografías, referencias, etc., y cita las obras de otras personas que utiliza según métodos convencionales que se diferencian sobre todo en la presentación (en texto, según el llamado "sistema americano", a pie de página, a fin de capítulo, al final del libro, etc). El etnohistoriador o el historiador hace lo mismo con la "bibliografía" y se apoya en documentos que cita de una u otra manera. En muchos casos se aporta solamente la referencia del archivo, pero nosotros preferimos dar a cada documento el tratamiento que reciben las demás unidades bibliográficas, es decir, suministrar al lector los datos de autor, título, fecha, etc., además de la signatura. Por el contrario, el etnólogo está atado por esa suerte de "secreto profesional" que le impide decir quién le ha suministrado la información o precisar las circunstancias personales de sus informantes (nivel de instrucción, competencia lingüística, estado civil, edad, profesión) pues en sociedades de pequeño tamaño estos datos pueden llevar a la identificación, sin lugar a dudas, de las personas cuyo nombre no se quiere facilitar. Lo que ocurre es que esos datos son muy

importantes para calibrar la calidad de la información y no llegan al lector, salvo en contadas ocasiones. De hecho, algunas de las informaciones recibidas por los etnólogos lo son a título confidencial y la confianza se ve violada por la publicación de los datos. Nos quejábamos al hablar de la arqueología de que la mayor parte de las veces nos encontramos con el relato detallado del trabajo de campo y suelen faltar las discusiones que los datos presentados ameritan y ahora debemos hablar del extremo opuesto: escasez de datos sobre el trabajo de campo y abundancia de descripciones e interpretaciones. Parodiando el subtítulo del libro de Geertz que se convirtió en título en la traducción al castellano, el etnólogo es el más "autor" de todos.

Esto tiene relación con las fuentes de conocimiento, por supuesto. El que el etnólogo sea el más autor de todos también lo convierte en quien ha de recibir más fe, pues es más difícil verificar sus aseveraciones. Quizá por eso algunos autores tratan de dar valor a las notas de campo como fuente, sobre todo etnohistoriadores (vg. Sturtevant 1966). Al no haber sido elaboradas, como ocurre con las monografías, las notas de campo pueden incluir detalles o aspectos que no interesaron en su momento al etnólogo pero que son capitales para un colega, sobre todo cuando en el ínterin, la sociedad estudiada ha dejado de existir como tal. Sturtevant se quejaba del escaso interés que había en esas notas de campo, que raramente estaban recogidas en archivos y que muchas veces habían sido destruidas "como inservibles" por sus propios autores cuando sus intereses cambiaron de orientación.

No debemos pensar que lo antedicho implique falta de rigor en los estudios etnológicos. Todo lo contrario. Los profesionales conocen las circunstancias de su oficio y tratan de mejorar los aspectos susceptibles de ello. Por tanto, buscan nuevas vías para adquirir información y para contrastarla, para controlar su calidad. No se trata de llegar a una comunidad y preguntar al primero que pasa lo que se nos viene a la mente. Es mucho más complejo, y requiere mucho esfuerzo previo, pues el etnólogo es consciente de que nunca se vuelve al mismo lugar. Un ejemplo de ello es la conferencia que tuvo lugar en Washington, en la National Science Foundation, en 1985, sobre la **Construcción de datos primarios en antropología cultural** (Bernard et al. 1986), en la que el interés se centró en la recogida de datos, no en su análisis. Lo importante para nosotros es la trasmisión de las condiciones del trabajo etnológico, de sus ventajas y limitaciones al público, tanto para el que quiera utilizar los datos que proporciona, como para el que quiera incorporarse al oficio.

Otro punto de interés en la etnología estriba en sus múltiples facetas. No se trata solamente de analizar sociedades "primitivas", de pequeño tamaño, donde el etnólogo intenta una descripción integral de la cultura, sino que hay estudios de temas, facetas o segmentos, que en ocasiones son los únicos posibles en sociedades de tamaño mayor (Wolf y otros 1980). El etnólogo busca entonces lo que resulta más relevante para la comprensión de la sociedad en cuestión o lo que es más importante para los estudios del investigador, sea esto parentesco, medicina, magia, creencias, relatos, vestido, comida, etc. A veces son las circunstancias las que casi determinan qué va a investigar uno y dónde, como señala Geertz (1996), aunque lo que él nos relata le pasa también a arqueólogos y etnohistoriadores. Para los que empiezan es ilustrativo el saber cómo han llegado a ser lo que son las figu-

ras de cada campo, para que no se desanimen cuando las cosas no vayan por el rumbo que ellos desean.

Es necesario comentar cómo en los estudios etnológicos las unidades de análisis vuelven a cambiar. Se define el concepto de cultura, haciendo hincapié en la propia conciencia de grupo. Algo que es imposible para los prehispánicos y no contemplado para los coloniales. Aún así, y con abundante bibliografía sobre el tema, uno de los elementos diagnósticos más utilizados para definir a los pueblos es la lengua. Es el momento de comentar la importancia que la lingüística tiene para los estudios americanos. En arqueología, los avances proporcionados por los lingüistas permiten conocer cosas que de otro modo quedarían olvidadas. La glotocronología y los estudios dialectales permiten detectar los préstamos lingüísticos y su antigüedad, lo que nos ha hecho saber, por ejemplo, que en las lenguas mesoamericanas las palabras para decir "cacao" están emparentadas y proceden de un único tronco, el mixe-zoque, que además se habla en una región productora de tal planta. Interesante también es la negación de que el nahuatl fuera la lengua hablada en Teotihuacan cuando ésta era una gran metrópoli, pues la influencia ejercida habría dejado huella en forma de préstamos lingüísticos por toda Mesoamérica. Sin embargo, el totonaco cumple los requisitos, así que es probable que fuera ésa la lengua hablada en la ciudad de los dioses, que por lo tanto tendría un nombre diferente que tal vez aparezca en las inscripciones mayas, cuyo desciframiento tiene una relación con la lingüística importantísima.

En el período colonial disponemos de numerosos textos en distintas lenguas que en primera instancia son campo de estudio de los lingüistas: vocabulario, sintaxis, dialectología, estilos personales, traducciones, transcripciones y ediciones. Después, viene el etnohistoriador en busca de "sus" datos.

Para el etnólogo de campo el conocimiento de la lengua es vital y si no lo tiene de primera mano debe ayudarse de un lingüista, como ocurre frecuentemente en Africa. En muchos casos se ve obligado a trabajar con traducciones, pero los demás también lo hacen. Aún así se considera pertinente el aprendizaje de lenguas, pues ellas son el vehículo de transmisión de la cultura.

Los censos de hablantes de lenguas indígenas en América nos ofrecen una lectura de gran interés para todos los períodos y es el plurilingüismo de muchas comunidades. Hoy día lo frecuente es hablar la lengua del lugar y el castellano, por ejemplo. Pero hay lugares que tienen más de una lengua, con gente que las habla todas, no con habitantes que hablen una u otra. El problema es complejo, y en las **Relaciones histórico-geográficas de los reinos de Indias** (cuestionario de 1577) aparecen muchos pueblos en los que se hablan varias lenguas. La complicación nos viene dada por la vía de la identificación "un pueblo-una lengua", que en muchas partes no funciona. Lo que hemos llamado culturas diferentes resultan ser la misma. Y no debemos olvidar que hoy día solemos estudiar unidades de pequeño tamaño o sectores incluidos en las denominadas "sociedades nacionales", pero esas circunstancias podían darse en el pasado con otros protagonistas.

Una lectura que a nosotros nos abrió muchas perspectivas en este campo es la de Sorensen (1974) sobre el noroeste de la Amazonía donde

una serie de tribus distintas, cada una con su lengua, resultan ser una comunidad superior con individuos políglotas que practican exogamia "de tribu" y son polígamos, con lo que a la hora de la verdad, en cada casa había gente de todos los grupos y todos aprendían desde pequeños diversas lenguas (las que hablaban su madre y las demás esposas de su padre), lo que le sería útil a los varones para entenderse en el futuro con sus esposas y para las mujeres, para entenderse con su marido y las demás esposas de éste. Por supuesto que esto tampoco quiere decir que la lengua no sea un elemento importante, sino que no es tan decisivo para la definición de las unidades culturales como se creía.

EL INDIO EVANESCENTE

Una de las cosas que hay que dejar claro es que todos tenemos las mismas pretensiones: explicar las culturas. No se trata de discutir quién practica el mejor método, sino de averiguar qué métodos podemos aplicar en cada caso y mejorar nuestras técnicas continuamente. No es frecuente que podamos utilizar varios métodos en un mismo problema, por diversas circunstancias, pero a veces sí es posible y hay proyectos interdisciplinarios que así lo muestran. Otro problema es el de las especializaciones. Es bueno que existan, pero luego deben coordinarse entre sí los investigadores, o coordinar las distintas informaciones para lo que se requiere que su presentación sea mutuamente inteligible. Un caso actualmente en candelero es el de la cultura maya clásica, tradicionalmente feudo de los arqueólogos, en la que ahora tienen mucho que decir los epigrafistas, pero no sólo ellos. También tenemos historiadores del arte, lingüistas, paleobotánicos, astrónomos, demógrafos, etc, dando su versión de los hechos. Pero mayas clásicos sólo hay unos, con lo que las descripciones parciales deben ser compatibles. Si no es así, andamos mal.

Y con la compatibilidad hemos topado. Ya hemos visto cómo se considera que el trabajo de campo etnográfico es único e irrepetible porque las sociedades cambian. Pero en etnohistoria parece que no se piensa igual y se utilizan para la reconstrucción documentos separados por décadas. Y pasa lo que pasa. Y si nos vamos a la arqueología, las unidades temporales se disparan, con lo que el detalle es imposible (¿o por ello?). El Arqueólogo incide más en lo perdurable que en lo efímero, pero las unidades políticas suelen participar más de la última cualidad. El establecimiento de un horizonte arqueológico azteca, con una duración del Imperio de 90 años, es tarea sumamente ardua, pero que el Horizonte Azteca comience antes de la salida de éstos de Aztlan, varios siglos antes de la fundación de Tenochtitlan, no deja de tener su guasa.

Otro problema -y grave- es el del conjunto de la sociedad. En el Prehispánico, *todos* son indios, pero luego hay más grupos. Y la división del trabajo hace que cada investigador se dedique a su parcela, sin poder comparar entonces el papel que juegan los que llamamos *indios* en el conjunto social y la evolución del número total de la población junto a la de los indios (porcentajes). Y aquí está el origen del título de esta presentación: encontrar indios en la documentación no es fácil. Se les llama de muchas maneras: naturales, macehuales, con gentilicios, con nombres étnicos, etc. Una preocupación grande proviene de que en los documentos en lengua azteca se suela emplear la palabra *macehual* donde el castellano usa "indio", porque

los macehuales sólo eran una parte de los indios. Y hablando de partes, los mestizos también eran en parte indios y jugaron su papel, en principio no existiendo como grupo, sino adscribiéndose a uno u otro. Hay que trabajar más sobre los matrimonios mixtos y, sobre todo, su descendencia para comprender los procesos ocurridos en el período Colonial. Algunos autores defienden la existencia de dos sociedades indígenas diferenciadas, una en sus comunidades y otra junto a los españoles, con destinos históricos diferentes:

> Los corregidores ganaban dinero en el intercambio comercial con los indios y recaudando los tributos que éstos pagaban, circustancia que inevitablemente los convirtió en defensores de la integridad de los pueblos y aldeas indígenas tradicionales. Allí los naturales seguían hablando su lengua, en vez de adoptar el español, los gobernadores y funcionarios locales lograban sobrevivir y conservar el control sobre un numeroso sector de la población indígena y los indios continuaban practicando la religión católica bajo la dirección de los frailes y de esa manera tan especialmente indígena surgida y formada en el siglo XVI.
>
> Con todo, no hay duda de que al mismo tiempo existía ya otra sociedad indígena, españolizada y menos compacta y disciplinada, separada de las comunidades tradicionales, cuyos miembros se vestían de otra manera y que se estaba desarrollando continuamente en las zonas donde los corregidores tenían menos poder, es decir, en las plantaciones y haciendas de los criollos y en los centros de las grandes ciudades. Cultural y económicamente, esta sociedad se hallaba mucho más estrechamente ligada a la vida de los centros españoles de población que la otra, y a ella se mezclaban gran número de mestizos, negros y mulatos (Israel 1980).

pero no mencionan que en el mundo prehispánico también había ciudades y que posiblemente existía una marcada diferenciación entre campo y ciudad, como ocurre en todas partes. Y al no contemplar esta variable, la emigración a las ciudades y la organización diferente parece ser una consecuencia de la llegada de los españoles en vez de algo habitual en el área. Esta cita puede ser puesta en relación con otra, manifestando una preocupación que puede suponer una revolución:

> Nota 2: El uso del término "español" en aquella época no debe tomarse demasiado literalmente; más vale interpretarlo como "del bando español" (como en esta guerra), lo que incluía a los mestizos; y a menudo a la gente de la frontera en general, o sea quienes se hallaban bajo la soberanía del rey de España, que abarcaba, *inter alia,* a los aliados indios, militares o colonos. Esta impresión en el uso del término "español" bien puede explicar las posteriores versiones simplistas de la acción de España en América como exclusivamente "españoles contra indios", que tanto ha contribuido a la "Leyenda Negra"" en los acontecimientos históricos hispanoamericanos. (Powell 1980: 36-37).

Extendiendo, como él lo hace, la idea de Powell al resto de la Nueva España y relacionándola con la cita de Israel, podemos traer a colación una nueva perspectiva de la **República de Indios** y de la **República de**

Españoles. La primera estaría compuesta, no por los indios, sino por aquellos que seguían viviendo según su manera tradicional, apartados de los españoles salvo ocasionalmente y viendo reducir su número cada vez más. Los indios que vivían en la **República de Españoles** no serían computados entonces como indios, aunque lo fueran étnicamente. Y cada vez estamos más seguros de que la emigración era muy importante. De ahí, la evanescencia del indio, aunque no toda. hace ya mucho tiempo que Parry (1948) nos debía haber abierto los ojos, pero no ha sido así y no sólo por la dificultad de encontrar su obra en inglés. Ahora, vertida al castellano (Parry 1993) no debíamos tener excusa para encontrar lugar a párrafos como el siguiente:

> Testimonios frecuentes indican la existencia, desde 1600, de una clase numerosa y bien definida de indios apartados de la vida tribal, con vestuario europeo y residencia dentro o cercana a asentamientos españoles. Un gran número de éstos no fueron nativos de la Nueva Galicia: ´Mexicanos´, tarascos y otomíes. Ellos trabajaban con salario en minas o ranchos, o independientemente como tenderos, artesanos o arrieros, y eran una clase relativamente próspera. Algunos de los arrieros tenían hasta quince o veinte mulas, lo cual era una valiosa propiedad pues una mula valía veinte pesos o más. La mayoría de estos indios europeizados tenían sus propios caballos, por lo que probablemente la ley que prohibía a los indios montar en caballos de silla no era cumplida. La remuneración de los artesanos indígenas es difícil de determinar, pero los trabajadores calificasos en las minas recibían hasta ocho pesos al mes, más de cuatro veces el salario pagado legalmente a los trabajadores de repartimiento en el mismo periodo. Aparte de lo anterior, los trabajadores de las minas tenían la costumbre de llevarse desechos de las minas de plata por debajo de cierto peso, para fundirlos en su propio beneficio. Esta costumbre había sido tan aceptada que se cobraba el quinto, también, de la plata obtenida de esa manera. Aparte de este impuesto a la plata, los indios europeizados contribuían poco a los ingresos de la corona. /273/ Vivían fuera de la organización tribal, pero también estaban fuera de los sistemas de encomienda y repartimiento, y frecuentemente evadían por completo el pago de tributo. Los mestizos estaban en todo caso exentos de estas imposiciones. Esta circustancia debió haber motivado que las mujeres indígenas se casaran con españoles. (Parry 1993: 272-273).

Pagar menos y ganar más. ¿Deberían hacer falta más razones?

Spalding (1974) ha considerado algunos de estos problemas en el capítulo ya citado, pero no parece que la hayan hecho mucho caso tampoco los colegas. Discute algo el problema de indios urbanos e indios que se convierten en campesinos, pero incide más en la distinción entre nobles y servidores. No podemos resistir la tentación de incorporar dos citas, relacionadas íntimamente, sobre las élites indígenas:

> La riqueza y las pretensiones sociales de muchos miembros de la nobleza india eran sustanciales, no sólo en términos de su propia sociedad sino también en comparación a la jerarquía social de la sociedad euro/175/pea. Algunos miembros de la nobleza india, particularmente los descendientes de la élite incaica del Cuzco y

> también probablemente algunos pertenecientes a los rangos más elevados de la nobleza india de otras provincias serranas, como Jauja, integraban los sectores más ricos de la sociedad colonial, ya sea de la europea o de la india. Eran los dueños de extensas propiedades cuyo derecho reclamaban en virtud de su descendencia de las élites precolombinas. Sus ambiciones eran tan grandes como sus fortunas. (Spalding 1974: 174-175)
>
> La considerable riqueza y la posición de muchos de los miembros de la nobleza india es enfatizada por el hecho de que muchos casos de disputas sobre el derecho de sucesión al cargo y a las posesiones de una familia noble india -un cacicazgo-, resultaron la falsificación de genealogías hechas por los miembros de la sociedad europea que trataban de pasar como miembros de la nobleza india. (Spalding 1974: 175).

El mundo al revés. Españoles que quieren ser indios, aunque no cualquier indio. Razones no faltan, pero puede que no fuera necesaria mucha falsificación, y que las genealogías serían auténticas, con indios "de ida y vuelta". Hablamos mucho de mestizaje, pero luego lo estudiamos poco y las conveniencias pueden aconsejar deshacer el camino andado y acordarse del ancestro indígena, relegando a los europeos. No olvidemos que los matrimonios de los descendientes del *tlahtoani* Motecuhzoma llevaron a una rama de la familia nada menos que a la Casa de Alba y que una nieta de Sayri Tupac, descendiente por tanto de Huayna Capac, estuvo emparentada al mismo tiempo, vía matrimonio, con San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, el Duque de Lerma, el Duque de Uceda y el Conde-Duque de Olivares. Con tres validos reales "en nómina" no hay que extrañarse del éxito que tuvieron sus pretensiones de recuperar las posesiones de su padre, con un título nobiliario añadido, el de Marqueses de Santiago de Oropesa (ver Lohmann 1948-49 para el caso peruano y Rojas 1994c para el mexicano).

Para cerrar el círculo, hoy día también podemos estudiar indios rurales e indios urbanos, indios en sus comunidades o indios en la nación, y reflexionar sobre los resultados cuando estudiemos otro período. Y recalcamos el verbo: **reflexionar**, no aplicar ni proyectar indiscriminadamente. La conexión entre los distintos especialistas - tanto en métodos como en períodos o áreas - nos brinda la posibilidad de descubrir nuevas ideas y VERIFICAR su utilidad para nuestra porciúncula de Universo. Y así, además de saber más cosas, estaremos en condiciones de "contribuir a la tarea común". Siendo científicos sociales en primer lugar y especialistas en varias cosas, cuando y dónde conviene, poniendo un ojo en nuestra parte y manteniendo siempre otro en el conjunto, en una vieja dialéctica que, por suerte para nuestro futuro, no tienen fin. **Sólo aspirando a lo inaccesible podemos alcanzar las más altas cotas de lo accesible** (Uanmuno dixit en **Amor y Pedagogía**, por medio de D. Fulgencio).

ARMILLAS, Pedro: (1987): Chichimècas y esquimales: la frontera norte de Mesoamérica. En Rojas 1987: 35-66.

BERNARD, H. Russell et alia: (1986): The Construction of Primary Data in Cultural Anthropology. *Current Antrhopology* 27: 382-396.

CARRASCO, Pedro: (1987a): Sobre la etnohistoria en Mesoamérica. En Pérez Zevallos y Pérez Gollán 1987: 15-24. (1987b) La antropología y la investigación histórica: El estudio del indio. En Pérez Zevallos y Pérez Gollán 1987: 25-34.

GEERTZ, Clifford: (1989): *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona. (Título original *Work and Lives. The anthropologist as author)* (1996 [1995]) *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Paidós, Barcelona.

GIBSON, Charles: (1961): Consideraciones sobre la etnohistoria. *Estudios Americanos* XXI: 279-284. (1964) *Los aztecas bajo el dominio español. 1519-1810*. Siglo XXI, México.

JIMÉNEZ, Alfredo: (1972): El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana. *Revista Española de Antropología Americana* 7,1: 163-196.

KRECH, Shepard III: (1991): The State of Ethnohistory. *Annual Review of Anthropology* 20: 345-375.

LAMEIRAS, Brigitte Böhm de: (1986): *La Formación del Estado en el México Prehispánico*. El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich.

LOCKHART, James: (1992) *The nahuas after the Conquest*. Stanford University Press, Stanford.

LOHMANN, Guillermo: (1948-49) El Señorío de los Marqueses de Santiago de Oropesa en el Perú. *Anuario de Historia del Derecho Español* XIX: 347-458.

LYON, Patricia: (1974): *Native South Americans*. Little, Brown and Co., Boston.

MARTINEZ, Hildeberto: (1984a): *Tepeaca en el siglo XVI. Tenencia de la tierra y organización de un señorío*. CIESAS, México. (1984b): *Colección de documentos coloniales de Tepeaca*. INAH, México.

NICHOLSON, Henry B.: (1955): Native Historical Traditions of Nuclear America and the problem of their archaeological correlation. *American Anthropologist* 57: 594-613. (1979) Correlating Mesoamerican Historical Traditions with Archaeological sequence. *Actes du XLII Congrès International des Amèricanistes* vol. IX-b: 187-198.

PARRY, John H.: (1993 [1948]): *La Audiencia de Nueva Galicia en el siglo XVI*. El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich., México.

PÉREZ ZEVALLOS, Juan Manuel y José Antonio PÉREZ GOLLÁN: (1987): *La etnohistoria en Mesoamérica y los Andes*. INAH, México.

POWELL, Phillip Wayne: (1980): *Miguel Caldera, capitán mestizo*. Fondo de Cultura Económica, México.

ROJAS, José Luis de: (1987): *La aventura intelectual de Pedro Armillas*. El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich. (1994a): Los azteca ¿cultura arqueológica o cultura con arqueología?. *Revista Española de Antropología Americana* 24: 75-92. (1994b): Al otro lado del espejo: Los nahuas coloniales vistos por sí mismos. *Revista Española de Antropología Americana* 24: 269-278. (1994c): De México a Granada. Descendientes de Moctezuma en España. *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo* II: 117-134.

SMITH, Michael E.: (1987): The expansion of the Aztec Empire: a case study in the correlation of diachronic archaeological and ethnohistorical data. *American Antiquity* 52: 37-54.

SORENSEN, Arthur P. Jr.: (1974: Multilingualism in the Northwest Amazon. En Lyon 1974: 138-159.

SPALDING, Karen: (1974): *De indio a campesino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

STURTEVANT, William C.: (1966): Anthropology, History and Ethnohistory. *Ethnohistory* 13: 1-51.

THOMPSON, J. Eric S.: (1980 [1965]): *Arqueología Maya*. Ed. Diana, México.

WACHTEL, Nathan: (1976 [1971]): *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la Conquista Española*. Alianza Universidad, Madrid.

WILLEY, Gordon R., Patrick T. CULBERT y Richard E. W. ADAMS: (1967): Maya Lowlands ceramics: a report form the 1965 Guatemala City Conference. *American Antiquity* 32: 289-315.

WOLF, Eric y otros: (1980 [1966]): *Antropología social de las sociedades complejas*. Alianza Universidad, Madrid.